

Relatos, metáforas y dilemas para transformar las exclusiones

Joaquín García Roca

Publicado en: VIDAL FERNÁNDEZ, Fernando (dir.), *V Informe FUHEM de políticas sociales: La exclusión social y el estado del bienestar en España*, Madrid: FUHEM, 2006, pp. 9-27.

El Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial) es un espacio de reflexión que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social, la calidad de la democracia y la paz en la sociedad actual, desde una perspectiva crítica y transdisciplinar.

Centro de Investigación para la Paz (CIP-Ecosocial)

C/ Duque de Sesto 40, 28009 Madrid

Tel.: 91 576 32 99 – Fax: 91 577 47 26 – cip@fuhem.es – www.cip.fuhem.es

PRÓLOGO

RELATOS, METÁFORAS Y DILEMAS

Para transformar las exclusiones

Joaquín García Roca

La persistencia de la exclusión social, como virus mutante en constante transformación, rehace los mapas conceptuales y recrea las prácticas sociales. Cada residencia mental se sostiene sobre provisiones de distinta procedencia. Detrás de cada una de ellas hay una metáfora que le aporta coherencia y sensibilidad. Las metáforas ponen carne al pensamiento y lo arraigan en los sentidos, y de este modo, preceden a los discursos teóricos y a las prácticas ciudadanas. Como dice José Luis Borges, la historia no es otra cosa que la modulación de una metáfora. Urbanizar la experiencia sobre la exclusión es encontrar la representación colectiva que la sostiene, y marca, de este modo, la dirección misma de la respuesta.

Las representaciones colectivas inducen comportamientos, orientan la búsqueda y conforman expectativas individuales. En su interior bullen metáforas, que se han construido con el legado de distintas tradiciones. La primera proviene de la trasposición de la física al mundo de la exclusión; su visual procede de la comprensión de los objetos y enfatiza «*el quedar fuera y al margen*» como la piedra angular en el proceso de exclusión. La segunda es una trasposición del campo de lo orgánico; su visual procede de la epidemiología y subraya «*el estar desviado*» como el elemento decisivo del proceso de exclusión. La tercera es una trasposición del mundo de lo social y subraya la ruptura de los lazos que constituyen *la desafiliación* y debilitamiento de la vida en relación. El cuarto relato se adentra por la experiencia del *naufragio* y encuentra allí las piezas para comprender la trayectoria del excluido. Finalmente, el sistema social ofrece intersticios suficientes para representar los mecanismos estructurales que orillan y expulsan a los *desechables*.

Cada una de estas exploraciones desvela una parte de la arquitectura de la exclusión. *El sujeto excluido* no es un objeto, ni puede ser neutralizado por circunstancias advenidas por densas que sean; si así fuera no estaríamos hablando de los excluidos humanos; puede trascender sus circunstancias mediante la creación de nuevos significados y proyectos vitales. *Las circunstancias excluyentes* que conforman las trayectorias, con sus tramas y marañas, tienen más peso de lo que frecuentemente se le atribuye; desplazan al sujeto pero no lo predeterminan. *Las estructuras excluyentes* que conforman el sustrato de una organización social que orilla y expulsa. Los excluidos son *actores* que representan papeles que les han sido asignados, *autores* que escriben el guión de su propia trayectoria y *agentes* que lo ejecutan una vez con sentido y otras, sin él.

Sólo cuando se conjuran el sujeto excluido, las circunstancias cautivas y las estructuras excluyentes hacemos justicia al proceso de exclusión. En cada momento histórico y en cada trayectoria particular resta establecer la interacción entre los tres ingredientes y el modo de cooperar en cada aventura singular.

En el interior de cada representación colectiva, hay implícita una guía para afrontar y recuperar situaciones de exclusión social; las expectativas para la acción pertenecen a la propia construcción de la exclusión y están incrustadas en el mismo proceso. Compiten de este modo el modelo de intervención que identificamos como ingeniería social con el modelo terapéutico, el modelo social con el modelo político y el modelo asistencial con el resto.

Sin embargo, el uso metafórico comporta serios riesgos que deben controlarse en cada una de las representaciones. Las representaciones sociales no son independientes de la forma en que construimos la relación con el excluido y el lenguaje que utilizamos para ello; entramos como parte de él y contribuimos a definir y construir este campo. En un mundo en el que las cosas existen cada vez más porque se les nombra y gracias a ese nombre, participamos del poder y la responsabilidad de dar nombre a los excluidos; lo cual tiene implicaciones éticas y políticas.

Marginalizados

Algunas representaciones de la exclusión social se han construido sobre metáforas espaciales, para indicar la marginalidad, la producción de la distancia y, en consecuencia, las prácticas de inserción sostenidas por el modelo propio de la ingeniería social. La sociedad se entiende como un espacio ordenado, que se construye en torno a un centro y a una periferia. A los del centro se la atribuye el poder, y a las periferias, la insignificancia. Excluidos son los que quedan fuera de las puertas de entrada, que conducen, en pleno derecho, a los dinamismos hegemónicos, que cohesionan la organización social. Fuera quedan los que no han podido traspasar las puertas de entrada de una sociedad de productores y de consumidores. El trabajo, el consumo, la seguridad y la autonomía individual son los lindes, que determinan el dentro y el fuera.

Quedarse sin empleo, en una sociedad de productores, significa quedarse sin identidad personal; quedarse sin salario en una sociedad de asalariados es perder el estatus social además de los recursos para sobrevivir. No poder consumir es el grado máximo de exclusión en una sociedad de consumidores. No gozar de la protección en una sociedad en la que la seguridad se ha construido como valor esencial es quedar apresado por un destino marginal.

La producción social de la distancia

La distancia en forma de fronteras físicas y simbólicas acompaña a la representación espacial de las exclusiones. La frontera es el resultado de la institucionalización del margen, que se densifica en la producción de enclaves territoriales, en la construcción social del extraño y en el ejercicio de mecanismos expulsivos.

Hay un proceso de exclusión que se despliega en ciertos territorios y se encasilla en ciertos lugares. Se busca en las periferias de las ciudades o en las espaldas del mundo y, en consecuencia, se intenta abordar desde allí. El poder de la metáfora densifica la exclusión en espacios concretos y en grupos poblacionales específicos. La exclusión es un modo de identificar a ciertos enclaves territoriales en los que cristalizan de manera dramática la des-estructuración social, las tasas de desempleo, la ruptura de las solidaridades vecinales, la instalación en la precariedad y la falta de perspectiva. Hablamos así de barrios marginados, de etnias excluidas, de sectores poblacionales marginalizados.

Asimismo, la distancia, en contextos de globalización, se está produciendo como extrañeza. La sociedad móvil ha convertido al extranjero en parte sustantiva del paisaje social pero ha tenido que crear al extraño para canalizar sus temores y frustraciones. Los extraños son los «otros», mientras que los extranjeros son parte de nosotros mismos. A los extranjeros se les ha vendido la costa del país porque el dinero no conoce nacionalidades, a los inmigrantes, que buscan piso, se les niega el acceso a la vivienda por su condición de extraños. Los extranjeros están en razón del mercado turístico y encajan con nuestras expectativas. Con los deportistas de elite, artistas nacionalizados, jubilados del norte, se utilizan mecanismos de inclusión y miles de reclamo. Pero la globalización económica no sólo ha traído extranjeros, sino también extraños, no sólo turistas sino también emigrantes económicos, que no encajan en nuestro mapa cognitivo, moral o estético. Ya no es tanto la xenofobia (miedo al extranjero) sino la «aporofobia» (miedo al pobre) «No marginamos al inmigrante si es rico, ni al negro que es un jugador de baloncesto, ni al jubilado con patrimonio: marginamos a los pobres».¹

Una vez producida la distancia, como condición previa para la exclusión social, se desarrollan los mecanismos de exclusión, que tienen una gran actualidad entre nosotros. La *desaparición física*, que se despliega como limpieza étnica o eliminación del emigrante-extraño mediante el naufragio en el mar, helicópteros y lanchas de vigilancia, cámaras de infrarrojos, radares y vallas electrificadas; la Asociación Marroquí de Familias de Víctimas de la Inmigración clandestina eleva a 10.000 los desaparecidos en el estrecho. También es frecuente practicar la *demonización* del extraño, de quienes mostramos los componentes realmente inaceptables del otro, con relatos alarmistas y sensacionalistas. Se le atribuye el aumento de la delincuencia, la responsabilidad del paro, el deterioro de la convivencia. Quizá el mecanismo más camuflado sea la *reducción instrumental* del extraño a *recurso*. Se les quiere y acepta mientras sirvan para algo y lo testifiquen los empresarios; no molestan en los solares en construcción, ni en las fábricas, ni en los restaurantes, ni cuidando a los ancianos pero hieren y ofenden si hay demasiados en los paseos o en las discotecas.

Prácticas de inserción

El modelo hegemónico para afrontar la exclusión, cuando triunfa la metáfora espacial, se ha construido con materiales de las ciencias naturales, que ha provocado el sueño de la ingeniería social.

En las representaciones espaciales, se entiende que la lucha contra la exclusión cae de parte del que está fuera; es él quien tiene que incorporarse a la sociedad ya que ésta no precisa de cambio. Los esfuerzos se dirigen básicamente a facilitar la inserción por la vía del empleo para lo cual establece medidas para la formación de habilidades sociales, talleres de formación y empleos ocupacionales.

La lucha contra la exclusión se dejó tentar tempranamente por la seducción de la ingeniería social en todas sus formas, en especial por el mecanicismo y el positivismo técnico y, de este modo, se desplazó la sensibilidad y el mundo de los afectos. En nombre de la inge-

1. Cortina, A., «Aporofobia», en *El País*, marzo de 2000, p. 14.

nería social, las profesiones se aliaron con la razón instrumental, calculadora y objetivante y, de este modo, convirtieron su habilidad profesional en un simple posesión de saber técnico. Se esfumaba así su compromiso con la innovación, la creatividad y la praxis. Se dotaron de planos, equipamientos y guías de recursos pero se debilitó «sentir con las entrañas»; se dejaron tentar por la dictadura de los protocolos hasta llegar a confundir la acción social con la gestión de un departamento de la administración. Ganaron en planes pero perdieron en proyectos. De este modo se inició el largo proceso hacia la autorreferencialidad en el abordaje de la exclusión.

Las prácticas se orientan sobre la persona excluida y se intenta trabajar sobre ella, como si fuera una realidad autónoma, separada de su propia historia y del sistema que la produce. Para logra la inserción intenta ir de lo complejo a lo simple, se apoya sobre la previsión cierta. Funciona en el ámbito de lo que puede determinarse y alcanzar un control absoluto sobre los resultados en base al aumento cuantitativo de los recursos.

Las medidas de inserción obedecen a una lógica de la discriminación positiva, se actúa sobre las personas, los grupos específicos y los territorios mediante estrategias sectoriales. Intentan elevar a los que están peor situados para acortar las distancias en oportunidades. Ofrece recursos subsidiarios a aquellos cuya existencia no está asegurada sobre la base del trabajo o de la propiedad; mientras la políticas pro-integración se orientan a la población en general, mediante intervenciones dirigidas al conjunto de la sociedad como tal, solo son posibles de manera trasversal y global, mediante la movilización de los distintos actores, fomento de partenariados, nuevas relaciones entre las administraciones y las iniciativas sociales.

Límites de la ingeniería social

La caída de la distinción entre dentro y fuera, entre lo interno y externo ha creado un vacío de sentido y de significado en la erradicación de la exclusión. Comprender que la exclusión empieza dentro del sistema, exige un salto cualitativo ya que supone captarla en la relación y no en la imposición ni en la distancia; significa aceptar otro tipo de intervención social que no esté basada primariamente en el excluido ni en la ayuda para el excluido, sino en la relación misma con él y a través de él con su propia historia. Las prácticas insertivas olvidan con frecuencia, el carácter intrínsecamente relacional y cooperativo de las prácticas incluyentes.

Asimismo, la ingeniería social ha favorecido la disociación ente la cognición y la sensibilidad y ha establecido con la realidad una relación funcional que lo convierte todo en «recursos». Nada debe sentir el técnico que pueda distraerle de sus objetivos, nada debe sentir el profesional que no pueda expresarse en técnicas de intervención, nada debe sentir el trabajador social ante el sufrimiento humano.

De este modo, las prácticas contra la exclusión corren el riesgo de ser un juego marginal, consistente en hacer lo mínimo en el nivel local para evitar las disfunciones demasiado visibles. Con el nacimiento de barrios de acción preferente y políticas sectoriales se puede evitar muchas explosiones y dramas. De este modo, la gestión territorial se somete a la lógica sistémica y se preocupa por reordenar los elementos internos del sistema más bien que en la transformación de los mismos. La intervención se focaliza en un territorio como huida hacia el nivel local para disimular las políticas globales.

La representación, que evoca la existencia de un centro y una periferia, se ha convulsionado en las últimas décadas. Las representaciones espaciales ya no son apropiadas para expli-

car ni para interpretar lo que está ocurriendo en unos sistemas que tienden a carecer de centro, han dejado de tener definidores centrales y los peligros se han disuelto por todo el cuerpo social ya que las amenazas se han des-localizado: los problemas, los conflictos y las exclusiones no están domiciliados en ningún espacio sino que son dinamismos que pueden moverse de un lugar a otro, en distintos sectores y en varias áreas empíricas de la sociedad.²

Por otra parte las representaciones espaciales ignoran el carácter procesual de la exclusión hoy: entre el que está dentro y el que está fuera, está el que está cayendo. Las fronteras entre el dentro y el fuera son tan versátiles, tenues y líquidas que se traspasan sin darse cuenta. El que trabaja precariamente hoy está dentro y mañana está fuera: entrar y salir es una condición de la movilidad.

Esta representación de la exclusión tiene un límite esencial: se ocupa de los medios que puede incluso llegar a dominarlos, pero ignora los fines ante los que vive un serio desconcierto.

Los desviados

La idea de patología, personal o social, disfruta de un alto predicamento en las representaciones de la exclusión, sobre la base de la metáfora terapéutica de la desviación, que connota salirse fuera de un camino convencional o extraviarse de las pautas consideradas correctas.

Los sociólogos, desde el nacimiento mismo de su disciplina, han creído que la desviación es un rasgo común a toda sociedad, ya que está implícita en toda organización social y moral. Cada vez que desaparece una desviación, amanecen otras, según la temprana observación de Durkheim «en una sociedad de santos, los delitos propiamente dichos serían allí desconocidos; pero las faltas originarían allí el mismo escándalo». Las exclusiones son una parte intrínseca y vital de la sociedad humana, que no pueden erradicarse.³ La sociedad, en consecuencia, es una fábrica de desviaciones que a la vez muestra un propósito constante en librarse de los fenómenos desviados. En el intersticio de ambos proyectos, se produce la cohesión social.

La metáfora de la desviación, como una representación de la exclusión, proviene de la vida orgánica y de una analogía derivada de las ciencias naturales. Se legitima en el ejercicio de la epidemiología y en las analogías médicas. Con ella se intenta expresar que todo organismo presenta deficiencias, que le llevan en último término a perecer. Las exclusiones serían las disfunciones de la sociedad, producidas a causa de su inestabilidad y desorganización, que reducen su viabilidad a futuro.

Las nociones médicas de salud y enfermedad, normalidad y anormalidad orientan los marcos conceptuales y las prácticas sociales para representarse la exclusión y/o a la persona excluida. Salud y enfermedad, normal y patológico son referentes esenciales en esta representación. De este modo, moralidad acaba significando integración y desviación, exclusión, con todas las variantes de lo patológico.

2. MELUCCI, A. (1998), «La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria», en AA.VV. *Los movimientos sociales*. Trotta, Madrid, p. 367.

3. Matza, D. (1981), *El proceso de desviación*, Taurus, Madrid, pp. 27-28.

La producción social de la desviación

La producción de la desviación como representación de la exclusión se ha vinculado últimamente a tres procesos. En primer lugar se atribuye a la existencia de una predisposición o afinidad, que anida en el sujeto. Detrás de una exclusión hay circunstancias, que empujan, predisponen o condicionan como es la constitución física, la raza, la vida familiar, la pobreza, la clase social, el fracaso educativo, la inmigración. El principio básico es que ciertas condiciones antecedentes predisponen a las personas o a los grupos a ciertas consecuencias predecibles. Detrás de toda exclusión hay un conjunto de condiciones, necesarias y suficientes, que explican la trayectoria de exclusión. Esas circunstancias actúan en lo social como las fuerzas de atracción en la química.

De este modo, se afirma que la pobreza y la inmigración son dos circunstancias para el florecimiento de la exclusión. Se reconoce la relación entre pobreza y patología, de modo que aquella es productora de desviación y marginalidad. De este modo se atribuye a los barrios degradados una cierta afinidad con el submundo de la exclusión, tanto en la producción de la misma como en la atracción que ejerce sobre las biografías de la exclusión.

En los últimos años, se afirma la relación entre inmigración y patología, al atribuirle a las migraciones ser hoy la causa mayor de la delincuencia. La actual identificación entre inmigración y delincuencia deja inocentes las tesis del propio Lombroso. Se aducen abundantes argumentos basados en estadísticas que encierran graves confusiones.

Junto a la predisposición y a la afinidad, se subraya un segundo elemento basado en la implicación del sujeto y su convencimiento que da comienzo al proceso. Hay un acto de la voluntad que será decisivo para llegar a ser excluido al identificarse con el estereotipo social. En la actualidad el mecanismo más fuerte para producir la identificación del propio sujeto con la imagen que viene de fuera es el *mecanismo de la generalización*. En el origen de algunos procesos de exclusión está la pérdida del nombre y con él, la identidad personal. El Holocausto fue posible porque previamente se reducían los vecinos a los judíos, como hoy Samir o Mustafá pierden su nombre para convertirse en inmigrantes o en moros.

Un tercer mecanismo productor de exclusión, en la perspectiva terapéutica, se basa en la estigmatización. Para llegar a ser excluido tiene un papel esencial la clasificación, que hace la autoridad y el poder. En la actualidad, el mecanismo más potente es conseguir que el excluido se sienta culpable de su propia exclusión. Para ello, el proceso de exclusión se reviste de criterios morales, hasta representarse en el interior de la contraposición entre lo normal y la anormal. Recaen sobre los excluidos todos aquellos estereotipos que se han construido socialmente para lo que no es consentido por una sociedad. El sujeto excluido es aquel que gravita sobre su propia culpa.

Prácticas terapéuticas

Alasdair Macintyre ha intentado identificar la trama social de nuestro tiempo en tres figuras: el *Esteta* rico, que lo tiene todo y se dedica a su bien vivir; el *Ejecutivo* que toma el avión al amanecer y llega a casa en el de la noche sin tiempo mas que para la empresa, y el *Terapeuta*, el que domina la técnica de sanar los desarreglos psíquicos, pero sin saber hacia qué horizontes sería sano enfocar las energías del paciente.⁴

4. Macintyre, A. (1987), *Tras la virtud*, Barcelona, Crítica.

La representación terapéutica ha creado el modelo clínico de intervención para la inclusión social, que actúa directamente sobre la patología e indirectamente sobre las consecuencias. Intenta recuperar la función que se ha perdido a base de intervenir sobre los puntos débiles. Está interesado por lo que no funciona y se preocupa por reducir las disfunciones. El modelo clínico se aproxima a los excluidos como déficit y carencia, y les reduce a la negatividad; en lugar de considerar que los excluidos tienen también soluciones, se les identifica con su propia carencia. «Tú eres el problema y yo la solución», viene a decir el clínico, en lugar de «nosotros somos el problema y nosotros somos la solución». Actúa sobre las personas y no tanto con ellas y a partir de ellas.

Para la representación terapéutica, la disciplina es el método más seguro para reducir la desviación. Se acerca a la desviación con el propósito de librarse lo antes posible del fenómeno desviado y de este modo renuncia a simpatizar con el sujeto desviado. Ante la violación de patrones de conducta y de moralidades colectivas, las prácticas más frecuentes son las correccionales a fin de que vuelvan a los patrones de los que se han separado. Las personas que se desvían resultan molestas e inquietantes.

Límite de las prácticas terapéuticas

El concepto de patología es un falso concepto cuando se aplica al mundo de la exclusión, a causa de sus reminiscencias orgánicas y moralistas. La perspectiva correccional convierte al ser humano en objeto, que gravita en torno a su propia carencia y le secuestra sus capacidades de transformación personal y colectiva. Cuando se ha convertido al excluido en objeto, disminuye su capacidad de acción y sólo le queda recorrer la trayectoria fijada desde fuera. Olvida que el sujeto se relaciona activamente con sus circunstancias, e incluso puede interactuar con ellas e incluso llegar a cambiarlas. La capacidad humana no es sólo reactiva, sino que puede crear nuevas significaciones, hacerse cargo del entorno y cambiar la propia historia vivida. Sin negar la densidad que en ciertas trayectorias vitales tienen las circunstancias y los factores advenidos, se puede romper podemos romper el destino de exclusión. No hay ningún contexto en punto cero, todos están habitados por algún tipo de posibilidad. No hay ningún integrado que no tenga nada que recibir ni ningún excluido que no tenga nada que dar. Intervenir contra la exclusión, es vincularse al desarrollo comunitario, a la autoorganización, a la búsqueda de salidas protagonizadas por las personas excluidas.

A la perspectiva correccional le falta sentido de la paradoja y cree que las cosas malas resultan de las malas condiciones. Con frecuencia dependemos de las circunstancias y la vida es una gravitación en torno a un punto ciego, pero cuando esto sucede, y sucede con frecuencia, no estamos ante la estructura humana sino ante una patología. El derecho de las circunstancias es inducir pero en ningún caso obliga a tomar una dirección determinada. Se puede resistir y trascender las circunstancias. Y con frecuencia, hay bondad que procede de circunstancias malas y de las malas condiciones pueden surgir buenas acciones.

Al reducir las capacidades subjetivas de los excluidos, la perspectiva correccional dificulta la empatía y la comprensión hasta hacerla imposible en muchos casos salir del proceso de exclusión. Con un objeto no caben empatías. Y en consecuencia, las prácticas terapéuticas son incapaces de comprender el punto de vista del sujeto marginalizado ni el significado que tiene para él la acción desviada. La perspectiva correccional es exterior y no cabe duda que la consideración interior del fenómeno, tal como lo vive la persona desviada, tiene más dere-

chos de los que le atribuye las prácticas correccionales. Lo más perverso de esta representación terapéutica de la exclusión es que ella misma fomenta la exclusión ya que ésta se alimenta de la conversión del excluido en objeto.

Para percibir los límites de las metáforas terapéuticas podemos aludir a la consideración biomédica con la cual Roberto Esposito concluye su *Immunitas* contraponiendo la metáfora de «lucha a muerte» a la metáfora de «lucha a vida». La primera se ha construido con la experiencia clínica que se adquiere contra la invasión externa de bacterias que es propio de un buen sistema inmunitario: contra los excluidos hay que usar todas las técnicas posibles sin reparar que frecuentemente aquella estrategia produce mayores males. La imagen opuesta de la «batalla a vida» como se juega en el vientre materno a lo largo de un embarazo. Es este último caso, la confrontación con otro, con un cuerpo distinto dentro del propio cuerpo, no se plantea como destrucción sino que es un encuentro creativo, vital en el sentido más genuino. Es este el modelo de relación con la alteridad, en la época en la que los confines entre dentro y fuera se han hecho tenues e inexistentes. En lugar de incompatibilidad nacerá algo nuevo al abordar la alteridad. « El otro es la forma misma que asume el sí mismo cuando lo interno se cruza con lo externo, lo propio con lo extraño, lo inmune con lo común». ⁵

Los vulnerables

La exclusión se manifiesta como desafiliación para indicar la ruptura de las redes familiares, el debilitamiento de las relaciones sociales, la fragilidad de los lazos de proximidad. Ser excluido significa la quiebra de los tejidos, que conforman el subsuelo de la vida humana y aseguran la protección, la confianza y la transmisión del sentido. Alude a la desconexión de los dinamismos sociales, de los intercambios productivos, o de la comunicación. Como si alguien se quedara en el andén, al partir el tren, con apenas equipaje.

Las narraciones sobre la vulnerabilidad se han construido desde la experiencia de las catástrofes. Cuando el daño es proporcional a la intensidad del golpe menos las resistencias, se alude a la vulnerabilidad y muestra la importancia que tienen las resistencias para amortiguar el daño, que producen.

La producción social de la desafiliación

Hay una vulnerabilidad que forma parte de los préstamos básicos de la existencia humana: la falta de alimento, la carencia de hogar, la ausencia de energía vital y reconocimiento domicilian a los seres humanos en la zona de la vulnerabilidad, en permanente viraje hacia la exclusión.

Hay componentes de la vulnerabilidad que pertenecen a la naturaleza humana. Vivir es estar permanentemente expuesto a las amenazas internas y externas: cuanto más intensa es la inseguridad, el miedo y la incertidumbre, más se siente la intensidad de la vida. Se aprecia la presencia de la vida cuando está amenazada. Se percibe la presencia del cuerpo cuando lo esta-

5. Esposito, R. (2002), *Immunitas*. Einaudi, Turín, 2002, p. 297.

mos perdiendo. En consecuencia, la vulnerabilidad presencializa la vida misma y es un recordatorio de que estamos vivos. Como expresó el poeta inglés John Donne «nadie duerme en el carro que le lleva al patíbulo» es decir, cuando estás en el carro que te lleva a la horca, no te echas una siesta. En los mundos de la vida, la vulnerabilidad actúan como señal de alarma que advierte y avisa del peligro; el timbre que comunica, la voz de que cualquier cosa puede ocurrir. Acompaña a todo lo humano; tener cuerpo y estar vivo es quedar expuesto a todo aquello que puede dañarnos y quedar amenazado por todo aquello que no es previsible y puede destruirnos. Avisa de que todo puede ser destruido a través de la muerte física, que destruye la vida, de la muerte social, que destruye la relación, de la muerte síquica, que destruye las convicciones. Avisa de la existencia de lo absurdo, de lo inesperado, de lo sorprendente como portador de peligro y amenaza. Avisa de la estructura corporal e indigente de la existencia, que exige sin cesar su diario tributo de alimentos, de luz y aire para seguir latiendo.

Otras vulnerabilidades son advenidas. La miseria, la violencia, la crueldad, la enfermedad social, el sin-sentido de la vida son factores que sitúan a la vida al borde del acantilado y la siembran de pesadillas, insatisfacciones e incertidumbres. La vulnerabilidad no sólo se produce como un rasgo sustantivo de lo humano, sino que extiende sus dominios por todo el cuerpo social. Las actuales transformaciones de los factores de estabilidad han ampliado lo precario a toda la sociedad de modo que atraviesa algunas de las zonas antes estabilizadas por el empleo seguro o la promoción social. La precariedad amanece allí donde se alternan empleo y no-empleo, actividad e inactividad, oportunidades e incertidumbres. De este modo, hay un mecanismo que convierte la precariedad en destino. No existe sólo una periferia precaria sino también una «desestabilización de los estables.» Este mecanismo muestra sus peores garras en jóvenes desfavorecidos, hijos de inmigrantes, habitantes de los arrabales, que vagan de pasantía en pasantía.⁶

En los intersticios de ambas vulnerabilidades se produce la insignificancia e inutilidad social. La insignificancia convierte a personas y grupos en inútiles para el mundo, en supernumerarios que flotan en una especie de tierra de nadie social, no integrados e inintegrables. Los inútiles para el mundo pueden optar entre la resignación y la violencia esporádica, la rabia que casi siempre se autodestruye (Castel, p. 413). La presencia cada vez más intensa, de individuos ubicados como en situación de flotación en la estructura social, sin encontrar un lugar, siluetas inseguras, en los márgenes del trabajo y en los límites de las formas de intercambio socialmente consagradas se sustancia en personas en desempleo prolongado, habitantes de los barrios desheredados, beneficiarios del salario mínimo de inserción, víctimas de las reconversiones industriales, jóvenes de pasantía en pasantía, ocupados en pequeñas tareas provisionales. (Castel, p. 13).

Prácticas de resiliencia

Las prácticas más acreditadas para abordar este tipo de exclusión, se orientan a fortalecer las resistencias mediante la reconstrucción de las redes sociales.

Desde esta perspectiva, se ha construido el «modelo social», que se sostiene sobre un tipo de intervención que se distancia de la ingeniería social para acercarse desde otros parámetros

6. Castel, R. (1995), *Les metamorphoses de la question sociale*, París, Fayard.

más próximos a la sabiduría práctica. El hacer de la técnica, que se sustancia en la ingeniería social, tiene pretensiones de validez general y se sustenta sobre un proyecto disponible, que se ejecuta al modo de la deducción; el hacer de la sabiduría práctica, que se sustancia en el modelo social, supone la deliberación consigo mismo y con los otros y se sustenta sobre la decisión entre diversas posibilidades.

En la ingeniería social, las necesidades básicas son asumidas como *carencias*, que se despliegan en demandas: se tienen necesidades porque se carecen de los medios para satisfacerlas; en el modelo social las necesidades son asumidas también como *potencialidades*, que dan lugar a la búsqueda y a la participación. Si los primeros esperan la solución de los problemas y la satisfacción de sus necesidades por parte de un agente externo hacia el cual derivan sus reivindicaciones, los segundos las esperan del auto-desarrollo de los propios sujetos organizados y del propio esfuerzo. En la ingeniería social se estiman primariamente las relaciones jerárquicas y la disciplina de las organizaciones, mientras que en el modelo social se valora la cooperación y la participación. Los recursos son las propias personas, con su capacidad de innovación y cooperación; lo cual les sitúa en un lugar privilegiado para enfrentarse a los retos de la globalización económica. «La transmisión de valores civilizatorios, culturales y morales gana importancia. En adelante se elevarán considerablemente los requisitos de cualificación y las empresas dependerán cada vez más de la cooperación de sus empleados y de la disposición al compromiso».⁷

Mientras la técnica es el conocimiento de lo fabricable, capaz de alcanzar su propia perfección a través de la elección del material y de los medios correctos, la sabiduría práctica por su parte se ocupa de la aplicación de los medios a los fines correctos. La técnica se hermana con la ciencia y la sabiduría práctica con la autoconciencia. La distinción aristotélica entre *tejne* y *phronesis* quería marcar los límites entre ambas operaciones. La *tejne* es enseñable y aprendible y su eficacia no depende de la clase de persona que se sea en lo moral o en lo político. Lo contrario ocurre con el saber y con la razón que iluminan y guían la situación práctica del ser humano: hay también en él un saber general que puede ser enseñado, pero no hay una relación lógica entre la ley y el caso particular.⁸

El modelo social se acredita en la vinculación interna al *ethos*,⁹ una sabiduría humana que, en comparación con la ingeniería social es una nesciencia. Bajo el dominio de la ingeniería se supeditó la práctica a la metodología de la ciencia anónima y olvidaron la complejidad de lo social. El modelo social rompe el esquema perverso por el cual el experto tiene la solución y el excluido tiene el problema. En la intervención social, se debe soportar el límite de toda competencia práctica que ya fue subrayado por los clásicos griegos, el piloto lleva los pasajeros a tierra, pero no puede saber si eso va a ser bueno para ellos.

Las prácticas de intervención, que promueve esta perspectiva, se distancian de la ingeniería social y el modelo terapéutico. En el modelo social, los efectos de la intervención no son totalmente previsibles ni se pueden lograr a ciencia cierta los resultados esperados. Hay realidades que son imprevisibles a causa de su complejidad; las causas son múltiples, las soluciones pueden ser diversas y los resultados se escapan muchas veces al control. En el mundo

7. Lafontaine, O. y Muller C. (1998), *No hay que tener miedo a la globalización*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 221-222.

8. Gadamer, H.G. (1967), *Über die Planung der Zukunft*, Tübinga, 1967, p. 164.

9. Ídem (1977), *Philosophie in Selbstdarstellungen III*, Hamburgo, pp. 59-100.

de lo social, la complejidad es el estado natural de la realidad en la que cada momento crea nuevas indeterminaciones y abre amplias probabilidades. En el ámbito de lo social se va de lo complejo a lo complejo. Y confía en el papel activo y decisivo de las comunidades en la gestión de sus propios riesgos; la población es a la vez sujeto y objeto. Sin su protagonismo no hay solución posible a ningún problema social.¹⁰ El modelo social postula una forma de relacionarse los sujetos sociales entre sí, que consiste en obtener un mayor nivel de interacción a través de mayores reciprocidades y estrategias de complementariedad que produzcan un enriquecimiento mutuo.

Natalio Kisnerman, desde la exquisita sensibilidad del trabajo social, ha sugerido la metáfora de la conjura para significar la necesaria fortaleza para vencer juntos los obstáculos que se oponen a la erradicación de las exclusiones.¹¹ Conjurados en la lucha para alcanzar una sociedad integrada e inclusiva.

Límites del modelo social

La exclusión se inscribe en la trayectoria histórica de las desigualdades sociales, pero a su vez implica las fracturas en el tejido social. Ambos se sustentan en la precariedad del sujeto productor de sentidos para la vida. En la medida que el modelo social olvida la capacidad del sujeto a romper el destino, convierte la exclusión en algo natural e inevitable; deja de ser una cuestión política para convertirse en un simple hecho, irreversible e irresistible, inherente a las sociedades avanzadas del siglo XXI.

En las exclusiones se condensan tres desgarros: la dimisión de la responsabilidad pública, que muestra el fracaso de las políticas sociales, laborales y educativas; la ruptura de los contextos de proximidad, que marcan la opacidad de lo cotidiano; y el debilitamiento de los dinamismos vitales que configuran el pulso vital de las personas. Son expulsados de los derechos sociales, desarraigados de las redes, que dan libertad y seguridad, y biografías interrumpidas que vulneran las energías vitales. El modelo social ha de dar razón de situaciones vinculadas a las desigualdades estructurales, a determinados elementos relacionales y a los factores de índole individual.

Los excluidos son simultáneamente *actores*, que representan papeles que les han sido asignados y en los que están encasillados. Pero también son *autores* que escriben los guiones de su propia vida y *agentes* que los ejecutan. Las tres dimensiones interactúan. Conviven como el Quijote y Sancho.; utopías unidas al desencanto, libertades fecundando los destinos. Utopía significa no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal como debieran ser; saber que al mundo, como dice un verso de Brecht, le hace buena falta que lo cambien y lo rediman, pero, como sugiere Cioran «después habrá que cambiar lo cambiado» (1981). Don Quijote, por sí solo, sin Sancho sería penoso y peligroso, porque confunde el sueño con la realidad. Don Quijote necesita a Sancho para percibir el olor a establo de Aldonza, los colores, los sabores, los alimentos, la sangre, el sudor y el placer sensual de la existencia, sin los cuales la utopía sería una prisión asfixiante (Magris, pp. 11-17).

10. García Roca, J. (1992), *Público y privado en la acción social*, Ed. Popular. Madrid.

11. Kisnerman, N. *Reunión de conjurados*, Lumen humanitas, Buenos Aires, p. 7.

Los náufragos

La exclusión se representa también, en clave existencial, desde la narración del naufragio en la medida que afecta a la subjetividad y a la forma de emocionar la realidad. Los procesos de exclusión conocen los sentimientos de impotencia y afectan a los dinamismos vitales.

El naufragio visualiza los procesos de exclusión desde la perspectiva del sujeto excluido. ¿Qué sucede en el naufragio para que pueda representar la vivencia del excluido? Le es esencial el sentimiento de pérdida, de impotencia, de soledad, de falta de horizonte. Los excluidos, como náufragos, comparten la quiebra de los dinamismos fundamentales del ser vivo: la confianza, la identidad, la reciprocidad, la autoestima.

La producción existencial del naufragio

Diez días a la deriva en una balsa, sin comer ni beber, soportando el hambre y la sed, le han servido a Gabriel García Márquez para desentrañar la experiencia real del naufragio.¹² Ocho miembros de la tripulación del destructor *Caldas*, habían desaparecido a causa de una tormenta en el mar Caribe. Al cabo de cuatro días, los marineros perdidos fueron declarados oficialmente muertos; sin embargo, una semana más tarde, uno de ellos apareció moribundo en una playa desierta del Norte de Colombia. ¿Por qué y cómo Luis Alejandro Velasco, con sus 20 años, pudo sobrevivir?

«En el origen de todo naufragio está la fatiga con la desesperación», decía el náufrago del *Caldas*: «Estás tan cansado que no sabes siquiera que está amaneciendo.» La desesperanza es la compañera inseparable del naufragio, bien porque se pierden las fuerzas, bien porque decae el ánimo. Por el contrario, la voluntad es la compañera de la supervivencia, porque da energía para emprender y disposición para mantenerse en el empeño.

El sentimiento de exclusión afecta igualmente a la relación con los otros. «Cuando se está sólo en el mar, a las ocho de la noche y sin esperanza, se piensa que no hay ninguna lógica en las palabras del instructor.» El primer sentimiento del náufrago es la de estar absolutamente solo en la mitad del mar. «El naufragio nos precipita en un abismo», «en una soledad infinita» (p. 42).

El naufragio es, asimismo, el cierre del horizonte, que se expresa en forma de resignación e impotencia. Se cree que ante los problemas no hay soluciones reales. La exclusión está minada por los desánimos y por la falta de perspectiva. «El náufrago tiene confundido el sentido de la orientación» y «pierde los puntos de referencia»: «No tenía la menor idea sobre mi dirección y mi posición, no sabía si la balsa avanzaba hacia la costa o hacía el interior» (p.54).

La exclusión connota fragilidad física e incapacidad síquica para realizar elecciones autónomas; una fragilidad que se representa como un continuo que va desde la falta de autosuficiencia económica que sufren los pobres tradicionales y los jóvenes con trabajos precarios, hasta la dependencia síquica vinculada a la edad y a determinados estados depresivos de conciencia.

12. García Márquez G. (1981), *Relato de un náufrago* (páginas en el interior del texto).

Ernesto Sábato en su testamento espiritual se refiere a esos muchachos y chicas desorientados, que se acercan en ocasiones tímidamente y, en otras, como los que buscan en el mar, después de un naufragio, precarios restos de madera.¹³

Prácticas de acompañamiento

Las metáforas existenciales han servido igualmente para construir buenas prácticas en la esfera de las exclusiones. Según el Informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre *La educación para el siglo XXI*, presidida por Jacques Delors, la educación para la inclusión consiste en «proporcionar las cartas náuticas de un mundo complejo y en perpetua agitación y al mismo tiempo, la brújula para poder navegar por él».¹⁴

Lejos del modelo clínico (metáfora terapeuta) y de la ingeniería social (metáfora espacial) nacen las prácticas de acompañamiento, que se basan en la relación de ayuda y se despliegan en cercanía y proximidad. Como estrategia, el acompañamiento desarrolla el principio de *indeterminación* que hace imprevisible los resultados esperados; el principio de *complejidad* que impide un control exhaustivo de la situación por parte del técnico y el principio de *implicación* que vincula la intervención a los procesos de superación personal. El acompañamiento abre el conocimiento al llamado ético, a la empatía de un sufrimiento compartido; las razones se «sentimentalizan», allí donde se mira al ser humano singular y vinculado, allí donde fenece el antiguo paradigma que sostenía un ideal de razón que obliga a pasar de largo por la opacidad del sufrimiento humano.

El acompañamiento, que puede vencer el destino existencial de la exclusión, no se conforma con la racionalidad instrumental, sino que postula otro tipo de sabiduría, que zanja la prepotencia de ciertas racionalidades técnicas, que han entronizado una objetividad que para ser legítima tiene que prescindir de los afectos y enfatizar el ejercicio profesional que no anula los sentimientos. Más bien incorpora la experiencia vital como vehículo del conocimiento, entrelazando sus diferentes formas de conocimiento. La cartografía no suprime la incertidumbre, sino que guarda en su corazón un núcleo de perplejidad, ya que todo está enredado de esperanzas y citas, ofensas y desaires.¹⁵

En la medida que la exclusión expropia los dinamismos vitales, las prácticas inclusivas intentan superar el determinismo y la impotencia y vincular así al sujeto con el mundo de sus posibilidades y oportunidades. «Decidí, comenta el naufrago del *Caldas*, que con lo único que contaba para salvarme era con mi voluntad y con los restos de mis fuerzas». «Siempre encontré un recurso para sobrevivir, un punto de apoyo, por insignificante que fuera para seguir esperando» (pp. 64-65), «una vez era, en medio de aquella soledad infinita, ver la luz de un barco» (p. 42), «otras veces era el reflejo de la luna en las olas», «otras el ruido de unos aviones» (p. 46) «la presencia de la gaviotas» (p. 58), o «el cambio en el color del agua» (p. 83). «Hay un instante en que ya no se siente la sed ni el hambre; pero aún no se pierden las esperanzas» (p. 57).

13. Sábato, E. (1999), *Antes del fin*, Seix Barral. Biblioteca Breve, Barcelona, p. 170.

14. Delors et al. (1996), *La educación encierra un tesoro*, Santillana, Madrid, p. 95.

15. Guattari, F. «Refundar las prácticas sociales», en *Le Monde Diplomatique*, 12, 1996. Marina, J. A. (1994), *Ética para naufragos*, Anagrama, Barcelona. (1996), *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona, p. 17.

La inclusión, por el contrario, es una energía que activa, un impulso insaciable; existe porque las cosas pueden ser de distinta manera y está en nuestras manos cambiarlas y mejorarlas. «Seguía mirando primero el reloj, luego el horizonte» (p. 42). La inserción cae de parte de las oportunidades; antes de dejarse llevar por el presentimiento de la catástrofe, acentúan la capacidad de llegar a puerto. aspira a crear e inventar posibilidades nuevas y posee una convivencia esencial con la creatividad y la anticipación.

El naufragio del *Caldas* «se sentó a escrutar el horizonte por todos lados»; «con la misma esperanza con que esa tarde esperé ver aviones en el horizonte, estuve esa madrugada buscando luces de barcos»; «miré con tanta intensidad, que en un momento el cielo se llenó de puntos luminosos» (p. 44).

La intervención social de acompañamiento se identifica con el arte de la navegación que determina su trayecto en función de las señales que se perciben en el propio camino; hay puerto (finalidades) pero no se sabe el camino (medios). Las prácticas de acompañamiento hermanan las convicciones con las responsabilidades, incorporan los afectos a la razón y practican una sabiduría hecha simultáneamente de información y de sentimientos, de razón y de afectos, de inteligencia y de emociones, una «inteligencia emocional» que incluye el autodomínio, el celo y la persistencia. El acompañamiento, como la navegación, requiere de una especial sabiduría que integra la emoción al cálculo, el tacto a la deliberación, el sentido común a la planificación, la intuición a la observación reglada.

¿Qué se puede esperar del acompañamiento? La experiencia vital, construida en un barrio periférico de Argel, ha permitido a Albert Camus en su obra póstuma e inacabada titulada *El primer hombre*, para orientar la respuesta. Camus vuelve a Argelia a la búsqueda de su infancia, «de la que nunca se había curado, a ese secreto de luz, de cálida pobreza que lo había ayudado a vivir y a vencerlo todo» (p. 44). A aquel espacio, que hoy llamaríamos «no-lugar», se lo representa como una «fortaleza sin puentes levadizos». Una fortaleza «como un cáncer aciago, exhibiendo sus ganglios de miseria y fealdad», «una vida encerrada en sí misma» (pp. 127-128).

¿Quién y cómo puede romper el destino de exclusión? Cuando buscaba su infancia, Albert Camus se encuentra con la figura del maestro «uno de esos seres que justifican el mundo, que ayudan a vivir con su sola presencia» (p. 39). A él le atribuye haber roto su destino de excluido en la medida que «sólo la escuela proporcionaba lo que con tanta pasión amaban y no encontraban en casa, donde la pobreza y la ignorancia volvían la vida más dura, más desolada, como encerrada en sí misma».

Desde la experiencia de Camus, su maestro era el puente levadizo por donde podía transitar desde su pobreza. La escuela no sólo les ofrecía una evasión de la vida de familia, sino que «en la clase del señor Bernard por lo menos la escuela alimentaba en ellos un hambre más esencial todavía para el niño que para el hombre, que es el hambre de descubrir. En las otras clases les enseñaban sin duda muchas cosas, pero un poco como se ceba a un ganso; les presentaban un alimento ya preparado rogándoles que tuvieran a bien tragarlo» (p. 128).

Del maestro le vino a Camus «el único gesto paternal, a la vez meditado y decisivo, que hubo en su vida de niño. Pues el señor Bernard, su maestro de la última clase de primaria, había puesto todo su peso de hombre, en un momento dado, para modificar el destino de ese niño que dependía de él, y en efecto, lo había modificado» (p. 120).

Desde la experiencia de Camus, el potencial del don y de reconocimiento se manifiestan como senda de incorporación. «Más aún, el maestro no se dedicaba solamente a enseñarles lo que le pagaban para que enseñara: los acogía con simplicidad en su vida personal, la vivía con ellos contándoles su infancia y la historia de otros niños que había conocido, les expo-

nía sus propios puntos de vistas, no sus ideas» (p. 128). En su clase «sentían por primera vez que existían y que eran objeto de la más alta consideración: se los juzgaba dignos de descubrir el mundo».

La senda de la inclusión pasa por recuperar el potencial de la memoria.; «el que había crecido en una pobreza desnuda como la muerte» necesita recuperar la memoria de los pobres. Esa memoria que como él mismo dice «tiene pocos puntos de referencia en el espacio, puesto que rara vez dejan el lugar donde viven, y también menos puntos de referencia en el tiempo de una vida uniforme y gris, tienen, claro está, la memoria del corazón que es la más segura, dicen, pero el corazón se gasta con la pena y el trabajo, olvida más rápido bajo el peso de la fatiga» (p. 75). La memoria en el excluido no es un ejercicio de nostalgia sino de vinculación a sus raíces.

Límites de las prácticas de acompañamiento

Las representaciones existenciales adolecen de dos graves olvidos. Al enfatizar los elementos de la subjetividad se devalúan los componentes estructurales y contextuales de la misma. La exclusión no se resuelve como una aventura individual sino como un complejo de tramas que se despliegan, se retroalimentan e interactúan constantemente. Resolver el problema con parámetros excesivamente individuales, no hace justicia a la realidad de la exclusión.

El lugar donde se articulan lo existencial y lo estructural son los *objetivos de vida*; como reconoció Primo Levy desde su experiencia en los campos de exterminio nazi: la desolación y la muerte sólo se superan a través de objetivos de vida: «Casi nunca tuve tiempo que dedicar a la muerte; tenía otras cosas en las que pensar, encontrar un poco de pan, descansar del trabajo demoledor, remendarme los zapatos, robar una escoba, interpretar los gestos y las caras que me rodeaban. Los objetivos de la vida son la mejor defensa contra la muerte: no sólo en el Lager» (p. 127).

Cuando hay objetivos de vida, la decepción personal adquiere un nuevo relieve; la proximidad a los heridos como hecho cotidiano y horrendo y la cercanía a los más desvalidos y despojados es un camino hacia el cambio estructural. Lo secundario y superficial se evapora, las opciones ideológicas y religiosas se hacen irrelevantes, el lugar de nacimiento, la clase social y la raza cuentan más bien poco. Cuando los grandes pisotean a los débiles, objetivos de vida son su defensa; cuando el herido está indefenso, objetivo de vida es asistirle. Y de este modo, amanece una realidad nueva.

»Ese inevitable punto de inseguridad es, como afirma Emilio Lledó, estímulo y acicate hacia esas otras metas que llenan el horizonte ideal en el que se conforta y orienta la vida. Un descontento que nos enseña el sentido más apasionante de cada empresa humana, y que nos empuja constantemente en la dirección de una personal felicidad, imposible si no tiende, de alguna forma, a la compañía y felicidad de los demás. Una utopía paradójicamente a mano, y que sólo puede alcanzarse en el reconocimiento y aceptación de la insalvable finitud de nuestra generosa infelicidad» (Lledó, E. 2005 p. 15).

La representación asistencial ha planeado sobre las profesiones sociales, abocados a solucionar el problema en tiempo corto y desde la centralidad de la urgencia. Con frecuencia, la cohesión social exige que se resuelvan con rapidez ciertas situaciones a fin de que no perturben la paz social. Esta representación ha planeado constantemente sobre las profesiones sociales para sugerir su identidad y su competencia; Fabio Folgheraiter sugiere que el exper-

to se ve a sí mismo como un «un guardián de la puerta o un conserje de los servicios sociales», de este modo garantiza que las provisiones existentes lleguen a los ciudadanos que tienen derecho o lo necesitan.¹⁶

Los rechazados

La producción industrial ha proporcionado a Z. Bauman, los elementos para construir la metáfora de índole política, que permite entender la densidad estructural de la exclusión. La imagen de los residuos industriales representa a los excluidos por el modelo de desarrollo a escala local y planetaria. De las fábricas parten a diario dos tipos de camiones: unos se dirigen a los almacenes y los otros a los vertederos, los dos lugares emblemáticos de la modernidad. Los residuos industriales, que acompañaron desde el principio a la producción moderna, necesitan vertederos de basura. No hay una fábrica sin su basurero, no hay un taller artístico sin su basurero, no hay sociedad sin su basurero. Los residuos se han construido en un ingrediente indispensable del proceso productivo, del proceso creativo y del proceso social.

Se subraya en la representación política la vinculación entre exclusión y proceso social, acentúa el carácter interactivo y su vinculación dinámica a procesos estructurales. Conocer la exclusión sólo es posible desde el sistema social que la produce o mejor dicho, como sugiere Horkheimer, para conocer un cuarto oscuro, es necesario acercarse a la pared. La exclusión es el gran revelador de los sistemas sociales, lo que muestra sus profundidades y sus contradicciones. La exclusión es como «un cuchillo clavado al futuro», a través de él se ve lo que está escondido y hay cosas que sólo se ven si se clava el cuchillo.

La producción política de los sobrantes

La imagen de lo desechable tiene su representación colectiva en el proceso moderno que puso en movimiento cantidades ingentes y en constante aumento, de seres humanos desplazados de sus lugares, expoliados de sus propios sueños, despojados de aquella dignidad sustentada sobre adecuados modos y medios de supervivencia, tanto en el sentido biológico como socio-cultural. Este movimiento se visibiliza a diario en las mares de residuos humanos empobrecidos que emigran de sus países, en la multitud de jóvenes que, como reconoce Ernesto Sábato, buscan en el naufragio algunos restos de madera, en la inmensidad de personas que padecen la depresión de no encontrar sentido a las cosas.

La exclusión se produce como un efecto agregado a la construcción del orden social y al progreso económico; los excluidos son las víctimas colaterales del progreso. La producción de residuos humanos o, para ser más exactos, seres humanos residuales (los excedentes y superfluos) es una compañera inevitable e inseparable de la modernización.

Junto a la forzosidad de la exclusión, la representación política, subraya, asimismo, su carácter desechable y superfluo. Los excluidos son personas asignadas a la categoría de lo desechable. Ser superfluo significa ser supernumerario, innecesario, carente de uso. Los otros no te necesi-

16. Folgheraiter, F. (1998), *Teoria e metodologia del servizio sociales. La prospettiva di rete*. FrancoAngeli, Milán, p. 401.

tan; pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti. Una vez desechadas las cosas, nadie quiere tener que pensar más en ellas. Lo excluido ya no pertenece al mundo de lo real, es lo sobrante, lo insignificante lo que no es. Su máxima aspiración es poder ser reciclado para lo cual procurará como condición mínima del reciclaje, que el material esté en buenas condiciones y disponible para cualquier uso. Es la razón por la cual el mercado de trabajo incorpora a los excluidos en formas atípicas, siempre que exista una disponibilidad básica.

De ordinario, lo sobrante se hace invisible; pasamos por el lado de los escombros y no miramos. El secuestro de la mirada constituye un elemento sustantivo de la producción política de los excluidos. Su espacio es residir en «ninguna parte», con la consiguiente pérdida de visibilidad social, autoestima personal y proyectos vitales. Despojados de dignidad como trabajadores, de autoestima como personas y de reconocimiento como ciudadanos, son auténticos supernumerarios invisibles en la ciudad. Se retiran los bancos en los jardines, en las estaciones de trenes, incluso se cierran los urinarios públicos para evitar que se conviertan en los nuevos domicilios de los excluidos.

Prácticas de cooperación

En toda representación colectiva se insinúan implícitamente también las sendas de retorno y las medidas necesarias para la inclusión, aunque. Según advierte Bauman (p. 30) «para quienquiera que fuere una vez excluido y destinado a la basura, no existen sendas evidentes para recuperar la condición de miembro de pleno derecho» (p. 30).¹⁷ No es en consecuencia ninguna ingeniería social lo que se necesita para generar buenas prácticas en la erradicación de la exclusión sino aquellas prácticas que en palabras de Kierkegaard tienen el coraje de sostener la duda.

Los residuos son aquellas cosas que fueron usadas y descartadas, que tuvieron valor y ahora no lo tienen. La primera operación, que puede convertirse en una buena práctica, consiste en desactivarlas como mercancías y objetos para recuperarlas de este modo en sujetos activos de su propio destino, en personas capaces de tomar su vida y la vida del mundo como tarea propia. La exclusión deja de ser forzosa e inevitable para recuperar la capacidad de transformación. Por esta razón, las buenas prácticas, proponen que no se puede superar, resolver o mitigar por la vía impositiva, sea por coacción física, moral, jurídica o administrativa sino que precisa una solución que pase por la colaboración. Por la vía de la imposición se puede tratar el SIDA pero no prevenirlo, se puede controlar el crecimiento demográfico pero no humanizarlo. La imposición puede ser adecuada para formular un tratamiento o diseñar una ingeniería social pero dejan los problemas sociales sin resolver y lo que es peor dejan la decisión sobre los problemas en manos de organizaciones externas, de sistemas expertos ajenos a las circunstancias históricas o de grupos de presión internacionales.

Sólo un enfoque cooperante está en condiciones de abordar los problemas sociales. El enfoque de la cooperación en lugar de recurrir a presiones condenatorias, o a restricciones legales, o a coacciones morales, aspira a fundarse en las decisiones racionales de hombres y mujeres, a quienes se le ofrece un amplio margen de elección, garantías de seguridad personal y colectiva, y la posibilidad de informarse a través de un diálogo abierto y de debates

17. Bauman, Z. (2004), *Vidas desperdiciadas*, Paidós, Barcelona, p. 30.

públicos de amplia difusión. El enfoque de la cooperación inmuniza a las prácticas de inserción frente a todo caudillismo o mesianismo social y en su lugar le remite a crear estructuras que posibiliten y amplíen la responsabilidad común, a conformar lugares, instituciones y mecanismos que permita la colaboración, aunque sea a través de la confrontación, la negociación y el diálogo.

Desde la representación política, la lucha contra la exclusión es una aventura colectiva que pivota sobre el ejercicio de la acción conjunta. No es manteniendo el mito del capitán del barco como podrá sobrevivir la embarcación, sino insertándose en el seno de un movimiento que se sustenta sobre la colaboración. La preocupación mayor en las prácticas cooperantes consiste en activar los dinamismos comunitarios, despertar lo que está dormido en la sociedad, devolver el protagonismo y sus potencialidades a los residuales; de este modo se postula una forma de relacionarse los sujetos sociales entre sí, que consiste en obtener un mayor nivel de interacción a través de mayores reciprocidades. La energía que nace de la relación, del *hacer-con*, sitúan las propuestas alternativas en una sustancial y esencial horizontalidad de la intervención.

Las prácticas cooperantes son *inductoras de procesos*. No hay soluciones puntuales, sino respuestas secuenciales en forma de eslabón. Caminar con procesos largos y aceptar que en lo provisional hay también verdad, es nuestra forma humana de ser verdaderos. La resistencia va unida al coraje y no a la permanente indecisión que nos condena a situarnos en el cruce de caminos que nos condena a la inquietud o a la inseguridad. Quienes hemos sido educados en la alternativa del todo o nada, en el idealismo ingenuo o en el purismo más inocente solemos confundir la ética con la afirmación abstracta de los principios. Asumir la complejidad es parte del éxito, ya que nos hace estimar las propuestas provisionales. Las soluciones totales y definitivas no son para los humanos ya que exige el activo discernimiento de buscar y concretar presencias nuevas y provisionales.

El mayor desafío para la perspectiva política es su capacidad o no de aunar la política con la ética, de integrar el pensamiento y la acción.¹⁸ Por la *ética* se construyen proyectos vitales valiosos, que unen la eficacia del saber y la justicia del hacer; por la ética, se construye a la vez una sociedad cohesionada y una sociedad buena; por la ética, se hermanan los «hábitos del corazón» con las energías para rescatar escombros de la historia.¹⁹

Límites de la representación política

Las representaciones políticas de la exclusión sobredimensionan la confianza en el poder tanto en la producción como la erradicación de la misma. Son muchos los que confían que su erradicación solo es posible en el ámbito de lo político.

Fue Hannah Arendt quien advirtió con mayor agudeza los límites del poder para afrontar los problemas sociales.²⁰ Señaló que el uso del poder causa lo contrario de aquello que quiere conseguir, incluso llegó a dudar que «sea compatible con la conservación de la vida»

18. Cfr. García Roca, J., «La ética de las profesiones sociales», en *La ética de las profesiones*, VD. Estella (en imprenta).

19. Bellah, R. N. *et al.* (1989), *Hábitos del corazón*, Alianza, Madrid.

20. Arendt, H. (1993), *Was ist Politik*, Piper, Múnich.

Hay un uso de poder que es insensato cuando se reduce a técnica de dominio. Por otra parte, no hace justicia a los tres elementos esenciales en la producción de la exclusión. La representación de la exclusión y sus prácticas alternativas ha de ser capaz de expresar un proceso dinámico, que se produce en la relación misma, ya que el estado actual de la exclusión no es una cualidad, condición o circunstancia advenida, sino un proceso sostenido por mecanismos de producción. La exclusión no es una estación-término sino un itinerario procesual.

En segundo lugar ha de ser capaz de mostrar su carácter interactivo. La exclusión no es una aventura individual sino una interacción que nace en el intersticio. La exclusión quiere decir relación y en consecuencia la inclusión es un modo de ser-en, ser-para y ser-a través de. En la superación de la exclusión se requiere que se muevan todos, incluidas las propias personas excluidas. La energía incluyente nace de la relación en el hacer-con, en el estar en medio, no supra ni al lado ni en otra parte.

Con frecuencia, se cree que contra la exclusión todo está legitimado. Sin embargo hay políticas sociales e intervenciones que ellas mismas son productoras de exclusión.